

•
• •

Ninguna obra es definitiva, salvo la que no debió ser escrita, expresa el profesor Jiménez Díaz, pero en el texto del profesor Niemeyer hagamos resaltar el planteamiento de su prólogo, ya que con ello demuestra que como hombre de ciencia espera el camino nuevo; en la Ciencia verdadera, si hay algo superior a conocer la verdad, es saber sentir la inquietud de verdades nuevas y esperar angustiado los primeros atisbos de su presencia en el horizonte científico.

—————
<https://doi.org/10.29393/At402-137CSRA10137>

CONTESTACION DEL SEÑOR HERNAN LARRAIN ACUÑA S. J.¹

Ante todo quiero expresar mis sinceros y profundos agradecimientos al Jurado que tan comprensiva y benignamente juzgó mi libro sobre Ortega; al señor Rector, al H. Consejo, y de una manera muy especial, al profesor señor Torretti por sus magníficas palabras. Agradecimientos que hago extensivos a los profesores y alumnos de esta Universidad. Pero no quisiera que estas palabras se tomasen como el mero cumplimiento de un ritual. Es natural que un autor se sienta halagado y agradecido al saberse premiado, tanto más si este premio tiene el renombre de que nacionalmente goza el premio *Atenea*. Pero hay algo más.

Un premio compromete y responsabiliza; crea lazos de reconocimiento y de amistad. Y esto es lo más importante. A partir de este momento la Universidad de Concepción dejará de ser para mí una Universidad más y me sentiré ligado a ella. La sentiré como algo propio. Y esto, precisamente, es lo que me emociona y lo que profundamente agradezco. En este premio veo como un puente tendido entre Universidades hermanas. Acercamiento cordial, significativo y fecundo. La obra de un profesor de una Universidad porteña ha sido leída con comprensión y cariño por profesores de la Universidad de Concepción. Nos separan seiscientos kilómetros, pero nos une el mismo espíritu, y en este invisible apretón de manos veo un símbolo hermoso y alentador: somos artesanos, afanados y esperanzados en la misma obra. La de fabricar cultura y, por encima de la distancia, la obra común nos acerca y nos hermana. Agradezco, por consiguiente, la ocasión que se me brinda de allegarme a esta Universidad y entablar en ella un sencillo y sincero diálogo universitario. Y a nadie extrañará que este diálogo gire alrededor del que fuera maestro por excelencia y "universitario" ciento por ciento, don José Ortega y Gasset.

No es el momento de referirnos eruditamente a su vasta obra literaria

¹Este discurso fue tomado en cinta magnetofónica.

y filosófica; pocos son los que actualmente la discuten. Pero creo enriquecedor consagrar algunos minutos a recordarle como un vivo ejemplo.

Joven —nos los dice el mismo— sale huyendo de España, del “achabacamiento” de su patria. Gráficamente nos describe lo que era entonces la universidad española: “universidad fantasma donde la sombra de unos profesores pasa lista, sañudamente, a las sombras de unos estudiantes” (I. 127). “Categoría del achabacamiento” (I. 125). “Atroz vergüenza”. Va a Alemania, estudia filosofía con grandes maestros, pero vuelve a España. Vuelve a enfrentarse con esa circunstancia que no puede evitar, y a la que sinceramente ama: su circunstancia española. Así, en el prólogo de sus obras completas, el año 1932 nos dirá: “Mi circunstancia era España, y lo que yo hubiera de ser tenía que serlo en España, en la circunstancia española”. “Se pertenece a un pueblo, se es propiedad de una nación, inexorablemente... Si queremos vivir tenemos que vivir a la manera española; pero la manera española es múltiple. Hasta ahora se ha usado una, tal vez la peor, no veo inconveniente en ensayar otra”. “Mi mocedad —escribe en 1916— no ha sido mía, ha sido de mi raza. Mi juventud se ha quemado entera, como la retama mosaica, al borde del camino que España lleva por su historia... Esos mis diez años jóvenes son místicos trajes henchidos sólo de angustias y esperanzas españolas”. “Toda mi obra y toda mi vida han sido servicio de España”.

Ortega siente a esa España que él tan dura y acerbamente critica. La siente como una altísima promesa rara vez cumplida. En el fondo de su alma alienta el amor y el optimismo. Pero para realizar esa promesa es necesario que cada español sienta primeramente a España como un “dolor en sus entrañas”, como un “problema angustioso”. “La patria es, ante todo, una tarea que cumplir, una misión. No pretende Ortega, como más de alguna vez se le ha acusado, suprimir España, europeizarla en el sentido de reducirla a una imitación servil de la cultura alemana, francesa o sajona. No. En Europa —lo dice él mismo— ve la posibilidad de “salvar a España de los extranjeros”. Es necesario que España se ponga a la altura de los tiempos para que pueda precisamente cumplir su misión histórica. “Queremos —nos dice en 1910— la interpretación española del mundo. Somos cisternas y debiéramos ser manantiales. Es preciso que España resucite y si quiere resucitar es necesario que se apodere de ella un formidable apetito de todas las perfecciones”.

Y es esta misión la que Ortega asume y, aunque extraordinaria, en cierto sentido cumple.

Lucha por transformar la mentalidad española. Para eso va al periódico y valiéndose de su maravilloso estilo llega donde quizás la aridez y la sequedad de un sistema no le permitirían llegar. Se hace periodista y quizás, no lo sabemos, pudo ser esto para él un gran sacrificio; fue precisamente este ropaje periodístico lo que impidió que muchos se acercaran con el suficiente respeto a la rica, novedosa, pero proteica obra de Ortega. Como bien lo ha hecho notar el profesor Torretti, su trabajo de difusión cultural

fue de inmenso valor. Ortega era una antena que estaba captando en su momento germinal las nuevas corrientes ideológicas y artísticas del mundo, y su labor de docencia universitaria —quizás la más desconocida— fue de gran trascendencia. Allí está para comprobarlo esa pléyade de discípulos, no todos de acuerdo con la ideología orteguiana, pero unánimemente de acuerdo en reconocer que él fue el “maestro” de España en aquel entonces.

Actuó también en política. No tuvo éxito, pero si lo hizo lo hizo “en servicio de España”, para producir este cambio de mentalidad, ese gran apetito de perfecciones y poder lograr que la España de allá y de acá del océano cumpliera esa promesa que el mundo espera.

Esta rápida semblanza de Ortega no es algo que en las actuales circunstancias nos pueda dejar indiferentes.

“Yo soy yo y mis circunstancias”; este apotegma viene a ser la quintaesencia de toda la vida y filosofía de Ortega. Su primera misión será captar las circunstancias españolas, europea, mundial. Pero eso él será el *Espectador*, y su símbolo, las abiertas pupilas del buho: dos pupilas asombradas frente al mundo, contemplando, mirando. El hombre tiene una “misión de claridad sobre las cosas”, es necesario que nosotros comprendamos y veamos claramente la realidad española y la realidad del mundo. Pero Ortega no se limita solamente a captar las circunstancias; su filosofía es algo más. Es un bracear denodado con las circunstancias; habérselas con el mundo, enfrentarse a él. Su otro lema, tan querido de Ortega, es el lema del arquero: la flecha lanzada contra un blanco, el sentido de la meta.

Ahora bien, nosotros pertenecemos ciertamente a esa circunstancia que Ortega denominaba circunstancia española. Se nos habla de crisis. De subdesarrollo. Países se preocupan de nosotros sin conocer del todo nuestros valores. Soplan aires de derrotismo, de brazos caídos. No nos sentimos propietarios de ninguna parcela del espíritu. Nos sentimos desvalidos y fácilmente sucumbimos a la tentación de imitar. Es en estos momentos cuando tenemos que recordar esa “misión” que constituye el alma y la esencia de la vida orteguiana. No basta ser otro, es necesario que “nosotros” respondamos a la altura de los tiempos, que pasemos “nosotros” a ser un continente productivo, que en la gran sinfonía de los pueblos hispanoamericanos sepamos hacer pulsar “nuestra” melodía, esa única e insustituible y que no podrá ser reemplazada por ninguna otra, por maravillosa y perfecta que sea. Tenemos que aportar ese módulo hispano, ese módulo americano. Hermosa y trascendente misión, pero que no podremos cumplir si no reflexionamos, si no vivimos esa actitud de contemplación que está detrás de toda tarea grande y que Ortega nos presenta a través de su vida.

Debemos desligarnos de la “superstición del pasado”, como él dice, pero no significa esto, sin más, desconocer todo lo grande que exista en el pasado, en el auténtico pasado. Un pueblo, fundamentalmente, es un “proyecto” y ha de mirar hacia el futuro, pero viene del pasado y lo lleva consigo.

El pasado en la metáfora del arquero es el brazo que se echa atrás, pero que es energía acumulada con el objeto que el dardo se clave lejano en la meta apuntada.

Debemos tener la valentía del "desprendimiento". Debemos enfrentarnos a una realidad problemática. Sentir nuestra realidad también como un dolor en las entrañas. No abandonarnos a ensueños engañosos y fáciles, a rutinas que desvitalizan, que impiden la renovación y el avance. Debemos enfrentarnos a este problema —y aquí anotamos el rasgo característico de Ortega— con "espíritu deportivo". Ortega critica la angustia de Kierkegaard y de Heidegger. El es un gran admirador de la vida, es un gozador de la vida, confía en ella. La vida es "pujanza", la vida es "lucha", la vida es "exuberancia". Por consiguiente, no tenemos que enfrentarnos al problema, con resignación o con miedo sino con alegría. Es un desafío el que todo problema nos presenta y debemos aceptarlo con gracia y no descansar hasta haber aprisionado al problema en el concepto.

Debemos acercarnos a esa realidad con profundo "respeto". Ortega critica a través de su obra duramente lo que él llama la miopía del siglo XIX, el racionalismo imperialista. No bastan los esquemas humanos. La realidad y la vida son múltiples e inmensamente ricas, no podemos empobrecerlas tratando de enquistarlas en nuestros propios esquemas, sino que debemos engrandecernos al ritmo de la grandeza de la vida misma. No podemos violentarla enmarcándola simplemente en nuestros deseos y temores. Debemos acercarnos respetuosamente a la realidad. Esto supone abertura, esa porosidad de la cual tanto habla nuestro autor, porosidad a las cosas y sobre todo a las personas, y ante todo, reflexión, meditación.

Misión de claridad sobre las cosas, afán de claridad, la cultura es ciencia, es idea, es precisión, de ahí la insistencia de Ortega —aunque él no siempre la haya cumplido— de disciplina intelectual, de rigor, de método, de sistema.

Todo esto que tan fácilmente se dice supone, realmente, una verdadera ascética. Es logro de soledad, de lucha, de constancia, no es fruto del aplauso, ni producto del miedo o de la ambición. Es como ir caminando por un camino polvoriento y áspero, pero sólo con esta disciplina podemos asegurar ese respeto, podemos asegurar esa visión integral de nuestra circunstancia que nos permita su enfrentamiento.

Esta meditación ha de ser "comunitaria". No podemos aquí extendernos, pero en el perspectivismo orteguiano, sin pretender entrar en sus alcances más filosóficos, hay un hermoso símbolo de acercamiento humano. Cada uno de nosotros es un punto de vista en el cual se refleja el Universo. En el Universo la vida es infinitud que va desplegándose a través de la pupila humana en el correr de los años y de los siglos. Nosotros no somos poseedores de "la verdad", es un trozo de verdad el que nosotros captamos, tenemos la obligación de enriquecer nuestro punto de vista uniéndonos a otro punto de vista, al mismo tiempo aportando nuestro trozo de verdad a esos otros trozos de verdad. Sólo los hombres unidos, y eso supone respeto mutuo,

supone gran humildad, supone el no querer buscar yo el aplauso o el tener razón, sino saber sacrificar mis argumentos si los otros son más valederos, pueden descubrir la "verdad". Esto es lo que llamamos comunidad en la meditación, en la reflexión. Es la Humanidad la que debe crear esa cultura, la cultura que es esencialmente comunitaria. Esa es la meta que Ortega se propone y la vida de él es un claro ejemplo de la realización dura y costosa de esa meta.

Ahora bien, hablamos aquí en un claustro universitario, y esa misión no es otra que la misión de la propia Universidad. ¿Qué es la Universidad sino ese territorio —podríamos decir autónomo— de cultura, ciencia y técnica? La Universidad no es una torre de marfil cerrada, desconectada del mundo circundante. El hombre vive en contacto con la realidad, es estimulado por ese desafío y piensa en función de las interrogantes que el mundo le plantea. Una Universidad cerrada en sí misma se condena a la esterilidad, a la infecundidad. Se transformaría simplemente en una momia. La Universidad debe estar abierta, porosa, pero al mismo tiempo no puede enajenarse, no puede alienarse, es necesario que se mantenga claustro, recinto de meditación. Fuera deben quedar esas metas de corto alcance que atraen a la mayoría transformándolas en tóteres: el dinero, el aplauso, el halago, el poder político. Nosotros vamos unidos en pos de la misma meta: la verdad; caravana gloriosa que a través de los siglos busca esa verdad plena que el hombre nunca podrá alcanzar del todo, pero que es la que da sabor, consistencia y sentido a la vida humana.

Termino, señores, recordando una leyenda medieval. Se preguntaba a tres talladores de piedra lo que ellos hacían; uno respondió: "Yo gano mi pan". Respuesta puramente utilitaria, subjetiva. El segundo con cierto orgullo respondió: "Yo soy tallador de piedra, el mejor tallador de piedra de mi región...". Ya había algo que sacaba a ese hombre de sí mismo, la nobleza de su trabajo, una cierta trascendencia. Y el tercero responde, simplemente: "Yo construyo catedrales...".

Señores, estamos aquí unidos en un recinto universitario, recinto de esperanzas para todo el país y para América Latina; somos artesanos y tenemos la gran misión de construir la Catedral Humana.

Muchas gracias.

CONTESTACION DEL SEÑOR HERNAN NIEMEYER

Es para mí un alto honor recibir de manos del señor Rector la distinción que esta prestigiosa Universidad ha concedido a mi texto de *Bioquímica General*. Este reconocimiento al posible mérito de la obra, exagerado por la bondad del profesor Moena, constituye un estímulo que me alienta a seguir trabajando en ella, para corregir sus errores, mantener al día en la